

Óscar Godoy, politólogo:

“La derecha debe adelantarse 15 meses al inicio de la campaña presidencial”



CLAUDIO CORTÉS

El exembajador advierte sobre el peligro de que surjan “liderazgos antidemocráticos”.

Por Martín Romero E.

Desde la terraza del departamento del politólogo y exembajador en Roma Óscar Godoy, ubicado frente al Parque Forestal, la cosa parece normal. Es miércoles en la tarde y allá abajo, en el parque, unas cuantas personas pasean tranquilamente. Sin embargo, esa escena dista mucho de la realidad. A pocos pasos de ahí, frente al Museo de Bellas Artes, el taco es kilométrico por la falta de semáforos y grupos de jóvenes van camino a la Plaza Italia donde otra manifestación multitudinaria se está formando. Durante la hora y media que dura esta conversación el ruido de las sirenas (¿carabineros?, ¿ambulancias?, ¿bombe-

ros?) será permanente.

Todo esto lo tiene claro Godoy. Ha pasado varios días confundiendo entre la muchedumbre para tratar de entender lo que pasa. En una de esas salidas se enfrentó a un joven que vandalizaba el edificio del GAM. “¿Por qué destruyes? Este edificio es público, es el trabajo de todos los chilenos. Me miró y no supo qué responderme”, cuenta el también militante de Evópoli. Por su seguridad, su hijo fotógrafo le pidió que dejara de salir.

Quizás por esto su opinión es crítica sobre la acción del gobierno en torno a la crisis: “Ha sido débil para actuar frente a estos fenómenos, cuando su primera obligación es ser fuerte y enérgico dentro de la Constitución”, dice.

—Usted dice tener una interpretación “políticamente incorrecta” de lo que pasa.

—Si. Aquí se ha desplegado una estrategia muy bien organizada para destruir un programa de Gobierno que fue votado hace dos años y por ende destruir la imagen de un Presidente. Esto tiene un contexto más amplio y complejo que está relacionado con la polémica en torno al modelo, no solamente económico, sino también político. Ahora, el Gobierno abandonó su programa en gran parte, se ha autodeslegitimado cediendo a todo, incluso a las cosas primordiales de cualquier estado de derecho, como lo es la protección del Estado frente a la anarquía.

—Pero al Gobierno se lo criticó jus-

tamente por aquello: Emplear un lenguaje muy duro. Incluso se habló de que los «halcones» de La Moneda se impusieron a las «palomas».

—Halcones desplumados, halcones dispuestos a ceder en todo y que cedieron en todo, porque el Presidente abandonó el programa. Es más, el Presidente dijo una cosa insólita: “Este es otro Chile”. Y no hay otro Chile, sigue siendo el mismo. La gente que sale a manifestarse es una minoría, importante cuantitativamente, pero minoría al fin. Cuando la gente se hastió de lo que está pasando, la violencia y todo eso, van a empezar a surgir liderazgos duros, ilegales y antidemocráticos y eso es muy peligroso. Eso debería preverlo el Gobierno.

—Usted habla de una estrategia organizada, pero ¿por quién?

—Es difícil establecerlo con certidumbre. Yo vivo a pocas cuadras de la Plaza Italia. He ido a mirar y a analizar el entorno cuando han existido manifestaciones y acciones violentistas. Cuando fui embajador en Roma recibí como regalo un paquete con una bomba. Desgraciadamente lo tuvo que abrir un funcionario encargado de esas cosas y perdió dos dedos y quedó gravemente afectado de un ojo. Los autores de aquello eran anarquistas que lo hicieron como forma de solidaridad con el anarquismo chileno, cuyos integrantes estaban bajo juicio por el «Caso Bombas». Conozco bien a los anarquistas; por lo tanto, inmediatamente me di cuenta de que acá ha habido una acción del anarquismo. Ahora, el anarquismo no es un movimiento suficiente para armar una estrategia de gran envergadura y en consecuencia se le han unido distintos grupos anti-sistema.

—¿Qué puede hacer el Gobierno en lo que queda?

—En el nuevo gabinete hay dos exalumnos míos que estimo mucho: Ignacio Briones (Hacienda) y Lucas Palacios (Economía). Y los felicito por la valentía que tienen por haberse incorporado. Pero, ¿qué ha hecho el Gobierno? Primero, recogió como una opinión válida las, entrecomillas, demandas de la gente. Anunció un paquete de medidas que fueron parcialmente aprobadas por la oposición, bajo el lema “esto es muy insuficiente porque hay que hacer reformas estructurales”. Y qué son las reformas estructurales sino la sustitución del modelo económico. ¿En qué consisten esas reformas? El Gobierno no lo sabe, está desconcertado. El camino es buscar consensos y en consecuencia avanzar por prueba y error. El tema es ¿dónde se van a dar los consensos?, ¿se darán en los llamados cambios estructurales? A mi juicio, es muy difícil que se puedan dar allí. Un gobierno eficaz tiene que tener certidumbres fuertes. Si lograra convencer a la opinión pública de eso, se fortalecería.

—Pero con 14% de aprobación es difícil tener certidumbres fuertes.

—Es que el Presidente está siendo castigado por eso, por ser débil. La baja no

es por ser antipático, el Presidente por lo demás nunca ha sido simpático.

“Este Gobierno requiere de un núcleo de pensantes”

—¿Cómo la derecha debe encauzar su actuar en esta crisis?

—La derecha debe acelerar el paso y definir un programa de gobierno ya. Adelantarse 15 meses al inicio de la campaña. Dos, en ese programa debe incluirse alguna reforma elemental a la Constitución que vaya en la dirección de asegurar que un Presidente sea elegido con una mayoría parlamentaria, y eso es perfectamente posible mediante una reforma constitucional que apunte a establecer un régimen semipresidencial o parlamentario. El actual gobierno se ha enfrentado a una oposición muy frontal, con poco sentido del bien común, donde los proyectos de ley languidecen. Uno llega a la conclusión de que se tiene que asegurar un régimen político democrático donde los jefes de Estado tengan siempre asegurada una mayoría. Esa es una tesis que debería tomar la derecha.

—¿Pero esa apertura a ver el tema constitucional, debe pasar también por la temática de los derechos sociales?

—Tengo muchas objeciones con estos derechos llamados de cuarta generación, quizás terminemos dándole ciudadanía a las mascotas, pero es un tema que debería discutirse. Lo mismo, y desde el punto de vista del Estado, es que se debe hablar de la capacidad de castigo para todo lo que signifique daño a la libre competencia o la colusión. También, yo no veo ningún problema en que se apruebe la posibilidad de que se convoquen plebiscitos a partir de la reunión de un determinado número de firmas por parte de la ciudadanía.

—Desde 2013 gente como Hugo Herrera o Daniel Mansuy han venido insistiendo que la derecha carece de herramientas políticas e intelectuales para dar cuenta de la complejidad social de país. ¿Cree que eso pudo haberle pasado la cuenta en estos días?

—Yo diría que es una cuestión complicada acusar a la derecha de aquello, porque en los últimos 30 años se ha producido una gran ampliación de su base intelectual con la creación de grupos que van desde el CEP hasta el Instituto de Estudios de la Sociedad (IES). También han aparecido figuras importantes como Mansuy y otros. El tema, me parece, es que estos grupos se dediquen a estudios que sean capaces de suscitar en la sociedad civil una nueva cultura de la política, ya que eso en Chile no existe. Mire, hace algunos años me invitaron a un colegio muy importante y encontré tan idiotas a los alumnos porque me di cuenta de que su principal preocupación eran las marcas y los autos. Al profesor que había organizado todo le dije: “Nunca más vuelvo a este colegio”. Hoy la juventud que está en las calles es de izquierda, ¿existen las juventudes de derecha?, no aparecen, no

hay.

—¿Hay un déficit en el trabajo político de la derecha que ha sido incapaz de articular una base de apoyo?

—Exacto, hay un vacío y yo mismo me siento responsable en ese sentido. Un liberal como yo es alguien que difunde, incluso hasta por los poros, la idea de que el ser humano es esencialmente libre y que el arte de ser libre consiste en ejercer una autonomía y ser independiente. Pero cuando esa independencia significa una ruptura con el otro estamos mal. El cultivo de un individualismo exagerado hace a las personas egoístas, encerradas en sí mismas, admiradoras de su ombligo e inactivas socialmente. Y eso está pasando en Chile y debería ser una preocupación para la derecha.

—¿Cree que Evópoli ganó con el último cambio de gabinete?

—Eso está por probarse, porque va a depender de su *performance*. El problema es que hacerlo bien, para que realmente tenga un rédito político importante, significa que a todo el gobierno le vaya bien, porque si le va mal los nuevos ministros van a pagar un costo pronto. Ahí hay un juego entre las individualidades y sus méritos y el conjunto del gobierno. El juicio habría que hacerlo en unos meses más.

—¿Cómo hablar de ideas en la derecha cuando la semana pasada el alcalde Joaquín Lavín salió a defender su concepto de «cosismo»?

—El «cosismo» es hacer cosas inconexas, que pueden tener un golpe publicitario fuerte, pero que no tienen efectos reales en los procesos políticos de largo plazo. El «cosismo» es la intermitencia, no una continuidad y lo que hay que privilegiar es la continuidad y para ello ciertamente se puede ser pragmático, utilitario, pero no cosista. El cosista es el populista. El otro día Lavín traspasó mil millones a la Municipalidad de La Pintana, y lo que me llamó la atención fueron las declaraciones de la alcaldesa de La Pintana, diciendo que la donación había sido parte de un largo proceso político, evitando evocar la imagen de un superhéroe que dice shazam y saca mil millones de su bolsillo.

—Mansuy dijo que es “ilusorio e infantil pensar que Piñera va a liderar un proceso de cambio estructural”. En ese sentido, ¿la derecha está condenada más a preocuparse de que la estantería no se venga abajo que a jugar un rol proactivo en esta crisis?

—Ese punto es crucial. Para pensar una estrategia de largo plazo se necesita de gente que piense y no solamente de políticos de acción. Diría que este Gobierno requiere de un núcleo de pensantes y la derecha, a través de sus centros de estudios, no cumple cabalmente esa labor, ya que generalmente responden a demandas muy coyunturales; los libros que publican son muy coyunturales.

—¿Pero Cristián Larroulet, jefe de asesores de La Moneda, no cumple ese rol?

—No, no creo.



Para pensar una estrategia de largo plazo se necesita de gente que piense y no solamente de políticos de acción”.



El Presidente dijo una cosa insólita: “Este es otro Chile”. Y no hay otro Chile, sigue siendo el mismo”.